

Gabriel Salazar

Historia de la acumulación capitalista en Chile

(Apuntes de clase)



HISTORIA

CA NACIONAL

ena

9A/666-57

GABRIEL SALAZAR VERGARA

(Santiago, 1936). Estudió Historia, Filosofía y Sociología en la Universidad de Chile. Entre 1977 y 1984 realizó un doctorado en Historia Social y Económica en la Universidad de Hull, en el Reino Unido. Desde 1985 se ha desempeñado como investigador y profesor en distintas instituciones académicas y universidades chilenas. En la actualidad es director de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS, casa de estudios en la que se dedica también a la docencia y la investigación. Igualmente se desempeña como profesor titular del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Es autor, co-autor y editor de numerosas publicaciones. Entre sus libros se destacan: *Labradores, Peones y Proletarios* (1985); *Violencia Política Popular en las grandes Alamedas* (1990); *Los Intelectuales, los Pobres y el Poder* (1995); *Autonomía, Espacio y Gestión* (1998) e *Historia Contemporánea de Chile* (1999 - 2003).

3.

1

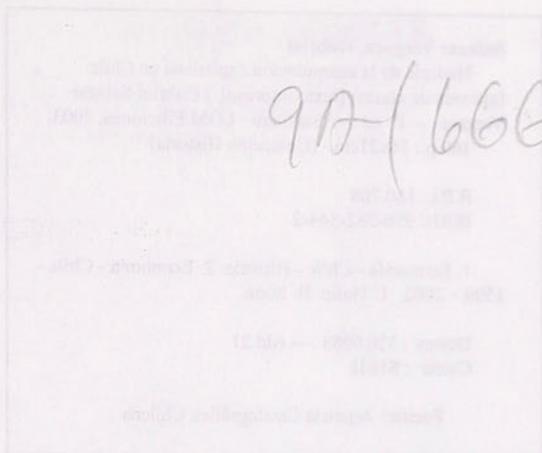
BIBLIOTECA NACIONAL

337



1069533

674337



9A (666-5)
-6}

Estudio de la acumulación de la riqueza en Chile

(Serie de clases)



Salazar Vergara, Gabriel

Historia de la acumulación capitalista en Chile:
(apuntes de clases) [texto impreso] / Gabriel Salazar
Vergara . -- 1ª ed .-- Santiago : LOM Ediciones, 2003.
160 p.: 16x21cm.- (Colección Historia)

R.P.I.: 130.708

ISBN: 956-282-544-2

1. Economía - Chile - Historia. 2. Economía - Chile -
1500 - 2002. I. Título. II. Serie.

Dewey : 330.0983 .— cdd 21

Cutter : S161h

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena



GABRIEL SALAZAR

Historia de la acumulación capitalista en Chile

(Apuntes de clase)

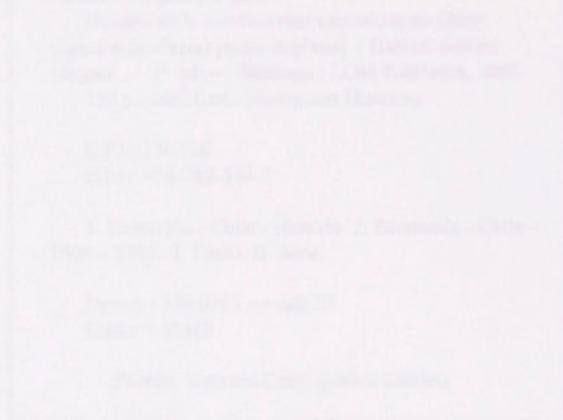
Curso dictado en el campo de prisioneros políticos

Tres Álamos

1976



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL



Historia de la acumulación

© LOM Ediciones
Primera edición, mayo de 2003
I.S.B.N: 956-282-544-2

© GABRIEL SALAZAR
Registro de Propiedad Intelectual N°: 130.708

Motivo de la cubierta: Detalle de pintura "Un baile en la casa de gobierno"
de Claudio Gay

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago
Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88

Impreso en los talleres de LOM
Maturana 9, Santiago
Fono: (56-2) 672 22 36 Fax: (56-2) 673 09 15
web: www.lom.cl
e-mail: lom@lom.cl

En Buenos Aires *Editores Independientes* (EDIN)
Baldomero Fernández Moreno 1217
Fono: 5411-44322840
editoresindependientes@hotmail.com

Impreso en Santiago de Chile.

*A los camaradas Guillermo Herrera e Ignacio Ossa,
asesinados en Villa Grimaldi por los militares de Chile.*

*En cumplimiento de lo prometido.
Con gratitud y respeto, hasta siempre.*

Han pasado 27 años desde el día en que, según rememora Gabriel Salazar, le sugerí, cuando estábamos ambos detenidos en el Pabellón 2 del campamento de Tres Álamos, junto con cerca de otros ciento cincuenta prisioneros, que dictara el curso cuyo contenido terminó siendo el antecedente remoto de este libro. Confieso que no recordaba haber sido yo quien le hizo tal petición y tampoco guardaba mucha memoria –hasta ahora que leí este libro– de las materias tratadas, pero sí preservaba vívidamente las impresiones de ese curso: la seriedad y versación del profesor, su profundo conocimiento de la historia económica de Chile, el carácter didáctico de sus enseñanzas, el rigor con que el docente y sus alumnos nos aplicamos a la materia de estudio que nos convocaba.

El curso de Gabriel fue el más memorable de las diversas actividades de debate y enseñanza que organizamos por esa época en ese lugar de detención. Pero antes que el lector imagine que nos encontrábamos disfrutando en una especie de sabático en Arcadia, entregados por entero al cultivo del espíritu, conviene poner las cosas en contexto histórico.

Habían transcurrido dos años y cuatro meses desde el golpe militar. La persecución política de los primeros meses de gobierno castrense, intensa, cruel y relativamente descentralizada, dio lugar pronto a un sistema de persecución incluso más despiadado pero mucho más selectivo y centralizado, a cuyo cargo se encontraba principalmente la DINA, el órgano de policía secreta del gobierno militar. La DINA dirigió su acción fundamentalmente contra los dirigentes y militantes del Partido Comunista y del Partido Socialista, que habían formado parte de la Unidad Popular, la coalición política del gobierno de Salvador Allende, así como en contra de los dirigentes y militantes del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), que no integraba dicha coalición. Para ese efecto la DINA creó brigadas especializadas en cada uno de esos partidos. Entre los peores métodos criminales de la DINA, que han sido ampliamente documentados, se encontraban las desapariciones, los asesinatos políticos y la tortura.

En la época a que Gabriel se refiere –fines de 1975 y comienzos de 1976– los lugares de detención de prisioneros no sometidos a proceso ni condenados por la justicia militar eran básicamente de tres tipos. El primero de ellos correspondía a lugares clandestinos de detención y tortura, manejados por la DINA, tales como Villa Grimaldi. Muchos de los

recluidos y torturados en tales recintos fueron posteriormente asesinados y se dispuso de sus restos de modo secreto. Los que no sufrían esa suerte, por lo general eran trasladados a un segundo tipo de lugar secreto, también bajo el control de la DINA, donde se los mantenía incomunicados, pero no eran sometidos a tortura, a menos que desde allí se los hiciera regresar a sitios como Villa Grimaldi, lo que ocurrió en muchos casos. Típico ejemplo de estos sitios de incomunicación era Cuatro Álamos –un recinto amurallado al interior mismo del campamento de Tres Álamos– al que tenía acceso solo la DINA. Finalmente, existían campamentos de prisioneros como el mismo Tres Álamos, manejados por alguna de las instituciones uniformadas (éste estaba a cargo de Carabineros), donde los prisioneros, si bien vigilados estrechamente y a veces enviados a un calabozo de castigo, podían recibir visitas que incluso les traían víveres con los que complementar el deplorable rancho del lugar, y podían también convivir en un patio interior durante las horas del día, antes de ser encerrados en los dormitorios que rodeaban el perímetro de dicho patio.

Yo había participado en el gobierno de la Unidad Popular y militaba en el Mapu, partido pequeño, originado a fines de los años sesenta a partir de una escisión del Partido Demócrata Cristiano, que más tarde se declaró marxista. Este partido se dividió en la última etapa del gobierno de Allende y yo quedé dentro de la fracción que agregó la expresión “obrero y campesino” a su nombre original. La verdad es que a lo más podíamos contar un puñado de obreros y un número algo mayor de campesinos en un partido que reunía principalmente a jóvenes profesionales y universitarios de clase media y media alta, impulsados por los vientos políticos de los tiempos y motivados por un idealismo que todavía recuerdo como genuino e inocente, pero que con la mirada retrospectiva de los años se dibuja también como irresponsable.

Poco después del golpe militar comencé a defender presos políticos y hacia octubre de 1973 me sumé al llamado Comité de Cooperación para la Paz en Chile, que entonces empezaba a actuar en defensa de las víctimas de la represión y que más tarde se transformó en la Vicaría de la Solidaridad. A la fecha de mi detención, en noviembre de 1975, yo estaba a cargo del Departamento Legal del Comité. Otro abogado de esta organización, Marcos Duffau, así como varios sacerdotes y asistentes sociales, fueron detenidos por esa misma época, como parte de una batida que emprendió la DINA contra el Comité. Como no me encontraba en la categoría de los blancos escogidos de la DINA (comunistas, socialistas y miembros del MIR), no fui sometido a torturas, sino llevado directamente al sitio de Cuatro Álamos. A comienzos de diciembre de 1975 me trasladaron a Tres Álamos, donde conocí a Gabriel Salazar.

Con el paso de los años uno recuerda con emoción la solidaridad y el calor humano que imperaba en las difíciles condiciones del cautiverio, pero también rememora, con benévola ironía, algunos resabios de la mentalidad política sectaria que prevalecía en esa época y que subsistían incólumes en el ambiente de encierro. Salvo unas pocas excepciones, los cerca de ciento cincuenta detenidos pertenecían, en número aproximadamente iguales, a los Partidos Comunista, Socialista y MIR. Cada uno de estos partidos estaba

altamente organizado y actuaban como bloque para conformar las distintas “carretas” (nombre que se daba a los grupos que cocinaban juntos y compartían la misma mesa así como los víveres que traían los familiares y amigos visitantes) y también en las elecciones internas.

¿Elecciones? Por extraño que parezca, las había. El Comité Internacional de la Cruz Roja, la principal organización internacional que se ocupa de prisioneros de guerra, entre otras materias de Derecho Humanitario, había impuesto al gobierno militar su punto de vista de que, dado que dicho gobierno declaró que el estado de sitio debía entenderse como de guerra interna para ciertos efectos, la Cruz Roja tenía derecho a intervenir y visitar los campos de detención. Más aun, lograron que se permitiera a los prisioneros tener una directiva que los representara, a la manera como sucede con los oficiales de más alta graduación que se encuentran entre los prisioneros de guerra. A esta directiva la llamábamos “consejo de ancianos”. Para designar a sus miembros, se hicieron elecciones y a juzgar por los cabildos y maniobras de los partidos y sus encerrados militantes, se habría podido creer que estábamos en libertad, en plena Unidad Popular, decidiendo la suerte de un congreso partidario o de una elección al parlamento.

Por supuesto, cada militante votó de acuerdo a instrucciones y dada la “fuerza electoral” de los tres partidos representados abrumadoramente entre la población de detenidos, salieron elegidos un comunista, un socialista y un representante del MIR. El problema fue que el “consejo de ancianos” se componía de cuatro miembros. El cuarto candidato, escogido por compromiso, fui yo, tanto por mis responsabilidades en el Comité por la Paz, como porque los demás suponían, que teniendo tal cargo yo, debía ser algún alto dirigente dentro del MAPU, pero que me guardaba, prudentemente, de dejarlo entrever. Por cierto, no era de ninguna manera el caso (nunca he sido dirigente político), pero no hubo modo de vencerlos de lo contrario. Más aun, siendo imposible que se pudiera nombrar presidente del consejo de ancianos a ninguno de los electos por los principales partidos representados en el campamento, por el recelo que ello generaría en los otros, el cargo recayó en mí.

Recuerdo que una de las metas que nos impusimos en el Consejo de Ancianos fue diversificar las actividades de los detenidos, que tendían a concentrarse (además de los quehaceres cotidianos, como lavado y preparación de comidas) solamente en la lectura, la gimnasia y la elaboración de artesanías, ofreciéndoles, además, cursos de formación. Dentro de este contexto debe haber sido que me aproximé a Gabriel, como él recuerda, para sugerirle que dictara el curso que con el correr de los años y las sucesivas adiciones, se ha transformado en este libro.

El mismo transcurso de los años nos ha llevado a él, a mí y a todos nosotros, por los más variados meandros. Si entonces me declaraba, como recuerda Gabriel, ignorante del marxismo, hoy, un poco más conocedor de la materia, me siento por entero alejado de los postulados prácticos que se han derivado y continúan derivándose del llamado materialismo histórico. Sin embargo, respeto el rigor y profundidad académica de Gabriel Salazar y me ha sido muy estimulante leer este libro.

Gabriel tuvo la amabilidad de pedirme que escribiera estas páginas, al término de una ceremonia en que ambos recibíamos, junto con otros académicos, un reconocimiento como profesores titulares de la Universidad de Chile. No pude dejar de pensar que pese a las casi tres décadas transcurridas, ambos seguíamos en lo propio: él en el campo de la historia económica, yo en el de los derechos humanos, unidos por una común dedicación académica y docente. Si a lo largo del tiempo he podido perseverar en mi línea de indagación y acción, ha sido, claro está, por una sentida vocación, pero reforzada por el ejemplo de aquéllos que han sabido saber perseverar en la suya con el brillo, la constancia y la consecuencia con que lo ha hecho Gabriel Salazar.

JOSÉ ZALAQUETT